

# La lectura como experiencia de liberación

Aureliano Ortega Esquivel

Universidad de Guanajuato, México

...la lectura abre espacios de interrogación y de  
meditación y de examen crítico, en suma, de libertad...

Ítalo Calvino

El propósito principal de este ensayo es llamar la atención y, sobre todo, poner en valor algunos hechos que —tanto desde el plano discreto de la realización de nuestro trabajo cotidiano, como desde la perspectiva y los principios generales que orientan el fomento de la calidad y la equidad de la educación en América Latina a través de la lectura y la escritura— la mayor parte del tiempo damos por satisfechos, o bien, los tomamos como algo que, de suyo, es tan básico y general que no merecería la pena volver a ello una vez más. Aunque, si aquí lo señalo como algo sobre lo que sin duda sabemos mucho, pero a lo que igualmente conviene *regresar*, es porque es justamente una de las tareas de la filosofía volver una y otra vez, acaso como Sísifo, sobre las mismas cosas, con el afán y la expectativa de que, puestas una vez más en cuestión y sometidas a un nuevo examen y bajo una nueva luz, nos revelen algo en lo que no hayamos reparado o, más modestamente, nos recuerden que, detrás de lo que hacemos, hay todo un entramado de saberes que tiene una historia que no solamente debemos recordar, sino *comprender*; para no cometer errores u olvidos. De ese modo, en el curso de este trabajo me voy a referir a algo que siempre está presente, pero oculto, en lo que cotidianamente hacemos quienes nos ocupamos en distintos frentes de la lectura y la escritura: me refiero al presunto origen del *lenguaje*, de la *escritura* y la *lectura*, pero considerados bajo una pauta histórico-filosófica capaz de revelar, y recordarnos, su incuestionable *poder* como experiencias de emancipación.

No ignoro el hecho de que el evento que nos reúne celebra los veinticinco años de trabajo de la Catedra Unesco para el mejoramiento y la equidad de la educación superior en América Latina por medio de la lectura y la escritura, y que, con ese fin, ha convocado a destacadas personalidades en el ámbito de las ciencias del lenguaje y de la educación, porque sabemos de antemano que su saber y su experiencia pueden proporcionarnos el conocimiento y la guía autorizada no solo para llevar esta empresa a buen puerto, sino para sembrar en todos y cada uno de nosotros el interés por ampliar y profundizar el conocimiento y el dominio de los asuntos teóricos y científicos que abordaremos, mientras, por otra parte, establecemos, con estas mismas autoridades académicas como testigos, el compromiso de mejorar nuestras propias actuaciones en el quehacer educativo.

Mi caso, sin embargo, es peculiar, porque no soy científico de la lengua ni destacada autoridad en el terreno de la educación; ni, acaso, experimentado militante del fomento de la lectura y la escritura: sino *filósofo*. Como tal, mi quehacer consiste, la mayoría de las veces, en “decir lo que está mal” sin detenerme a tratar de decir lo que es correcto. Para decirlo de otra forma: la filosofía es una actividad, no una teoría, cuyas tareas fundamentales son la crítica de lo dado, de lo que *ya es*, y la reflexión sobre lo posible: sobre lo que *puede ser*. Su instrumento fundamental es el pensamiento, su materia prima, las palabras; especialmente ese tipo de palabras preñadas de sentido que conocemos como conceptos. En este caso, entiendo que mi lugar en este Congreso tiene que ver con la necesidad de *crítica y reflexión* propositivas de las que pueden hacerse objeto las diversas estrategias del fomento de la escritura y la lectura en nuestro tiempo, y, especialmente, en nuestra región. Pero los caminos que transitan la crítica y la reflexión filosófica son, como diría un viejo pensador marxista *el más incierto de los caminos inciertos*, o bien, como dice un viejo filósofo conservador, *sendas de leñadores*. Es por ello que, cuando la filosofía se hace pública, esto es, cuando se presenta socialmente en eventos que no son de filósofos, su dicho, para no perderse en el camino, se configura regularmente bajo la forma de un relato, de una *historia*; pero no de una historia necesariamente edificante y con final feliz, sino de un fragmento de discurso capaz de suscitar inquietudes, asombro y más preguntas que respuestas. ¿Con qué objeto se hace todo eso? Se preguntarán ahora. Y la respuesta es esta: porque, como se dijo antes, lo que habitualmente hacemos de manera práctica no suele generar, desde sí mismo, preguntas y respuestas que vayan mucho más allá de lo necesario para que las cosas salgan bien; inclusive, para que, además de funcionar, tengan éxito. Sobre todo, porque sucede que mientras más éxito tienen o, por lo menos, mientras no dan problemas, no solemos preguntarnos por lo que está *detrás* de ellas, por lo profundo inscrito en ellas; esto es: su finalidad o su *sentido*. Trabajamos habitualmente con el lenguaje y su aprendizaje, con la enseñanza de la escritura y el perfeccionamiento de la lectura; y pensamos en mil y un formas de mejorar sus resultados, luchamos por inscribir en la aventura de leer a más y más personas, confiamos en que la educación que nos esmeramos en impartir no sólo mejore la calidad de vida de quienes se favorecen de ella, sino de inculcar en ellas y ellos, los que la aprenden y la ejercen, el valor cultural, social y humano que en sí comportan la escritura y la lectura. Pero no nos preguntamos, con la frecuencia y el rigor que deberíamos hacerlo, qué *es* el lenguaje, qué *son* la escritura y la lectura; o mejor: que significa, y que ha significado a lo largo del tiempo poseerlos y dominarlos, perfeccionarlos y convertirlos ya sea en armas del dominio de unos sobre otros, ya sea en experiencias y armas para la liberación de todos. En las líneas que siguen diremos algo sobre esto.

Permítaseme una última cuestión antes de entrar en materia. Es posible, dado el considerable desarrollo que las ciencias y las técnicas han experimentado en los últimos años en el campo de la investigación, que algún día no muy lejano sepamos las respuestas sobre todo aquello que la filosofía se pregunta cuando toma a su cargo los problemas de la lengua, su lectura y su escritura; es posible que, como suele suceder en estos casos, un descubrimiento inesperado, una conjetura genial, un testimonio insólito y hasta ahora ignorado se convierta en ese saber fundamental sobre el que sería posible decir, a ciencia cierta, cómo en el curso del desarrollo vital de las sociedades humanas, en un espacio y un tiempo remotísimos apareció, se perfeccionó y se generalizó ese modo de ser y hacer, que creemos exclusivo de la criatura humana, que llamamos *lenguaje*. Pero mientras eso sucede, porque algún día probablemente sucederá, nosotros, más amigos de la *búsqueda* de la verdad que de las verdades hechas, tratamos de hacernos menos ilusiones; aunque tampoco dejamos de imaginarnos y de contar historias sobre el origen y el desarrollo de la lengua, la escritura y la lectura, o sobre la peculiar virtud de ser, estas tres actividades en conjunto, *el más importante y significativo de los inventos humanos*.

Y contamos historias que algunos científicos muy serios considerarán tanto o más fabulosas que algunas de sus propias teorías, pero que tienen a su favor el hecho de no decirse ni considerarse como verdades acabadas, sino como caminos alternativos que por medio del juicio reflexivo contribuyen a la búsqueda de la verdad. Pero además, que en ausencia de conocimientos científicamente comprobados, comúnmente hacen las veces de verdades *posibles*, de ideas y saberes necesarios para la vida porque, junto con la historia que cuentan, los relatos filosóficos traen aparejada la necesidad de pensar, de poner a prueba, de preguntar por las cosas de “otra forma”. No nos es posible en este marco decir puntualmente en qué consiste ese “preguntar por las cosas de otra forma”, sin embargo, lo dicho viene a cuento porque en el espacio que nos queda, desde el ámbito de la filosofía voy a contarles algunos relatos en torno a la lengua, a la escritura y a la lectura, con la finalidad de invitarlos a considerar la importancia crucial que su aprendizaje, su dominio y su ejercicio crítico, conservan para la vida de nuestras comunidades.

I. Vamos a dar comienzo a este ensayo por la pregunta sobre el presunto origen del lenguaje, no sólo porque a la filosofía le gusta eso de andar preguntando por el principio y el fin de todas las cosas, sino en razón de que en el relato del origen, contado ya desde hace muchos años de muy distintas formas, encontramos entrelazadas algunas consideraciones sobre el sentido y la trascendencia que para la vida social y humana desde siempre tuvo, y tiene, el poder hacer cosas con palabras.

Ignoramos cuándo y dónde apareció por primera vez sobre la faz de la tierra, pero no es posible pensar en un ser dotado propiamente de *humanidad* al margen de la presencia y el uso del lenguaje articulado, de la existencia de unas cuantas palabras y de las todavía más escasas reglas para articularlas y crear mensajes inteligibles. Reconocido como el ser menos favorecido de la naturaleza, y el menos especializado, llegar a ser “humanos” significó para nuestros ancestros más remotos una suerte de revolución ontológico-existencial, un rompimiento casi definitivo con su condición natural; el poner entre paréntesis la pura animalidad para generar —en ese espacio *vacío* que se abre entre lo que la criatura humana “ya no es” (naturaleza pura) pero en el que “*todavía* no es” (criatura propiamente humana)—, el ámbito vital-cultural que requería el desarrollo de una creciente gama de quehaceres y actitudes que, si se quiere decir así, desde siempre fueron tendencialmente *antinaturales*.

Hasta hace no mucho tiempo se podía decir que en la totalidad de las criaturas que forman el reino animal no habría ni siquiera la posibilidad de ese vacío. Rendida al instinto, a sus ciclos vitales, al círculo incesante de la vida y la muerte naturales —pensamos con insistencia— la existencia animal siempre es un “todo” o un pleno sin fisuras, sin desvíos ni atajos: el instinto, y cierto aprendizaje de lo más elemental para sobrevivir, clausuran toda posibilidad de cambios significativos y permanentes en la conducta y el destino de los animales. Hoy sabemos que las cosas no son necesariamente así, que la existencia animal también comporta un enorme elenco de registros en los que reconocemos cierta forma de “conciencia”, el aprendizaje de “saberes” y la posesión de “códigos comunicativos” que nos obligan a mirar con más detenimiento y menos *soberbia* nuestras diferencias y nuestras similitudes con el resto de la criaturas terrenas. Sin embargo, con la criatura humana suceden ciertas peculiaridades. La debilidad estructural de sus instintos y su escasa capacidad adaptativa, aunadas a la calamidad de una gestación prolongada y a un nacimiento en completa indefensión, han obligado a la primitiva humanidad a sortear su suerte, a salir de su círculo, a buscar por sí misma, con el concurso de su inteligencia y su imaginación, los medios materiales y culturales para sobrevivir. La naturaleza, ha dicho el filósofo alemán Johannes Herder, ha sido para el hombre la madrastra más despiadada. Por ello éste ha tenido que *separarse* de ella y *transformarla* en aquello que necesita vitalmente y que ésta, por sí misma, no le proporciona. La criatura humana, para no ser avasallada por la

existencia, ha tenido que construir un ámbito propio: su propia cultura; una “segunda naturaleza” en la que desde entonces puede vivir una paradójica “vida humana”.

En algunos relatos antropológico-filosóficos, el *tool-maker being*, el ser que fabrica herramientas y con ellas transforma la naturaleza en bienes materiales para la vida y para la reproducción de la vida, es sin lugar a dudas el primer representante de la humanidad. En otros relatos, la humanidad primaria se origina aun antes, en el momento que cierto sentido gregario obliga al agente cazador-recolector a refrenar el hambre, meramente instintiva, para llevar al resto del grupo o a quienes no participan en la caza, la presa que será repartida ya no para saciarse sin más, sino en función de la subsistencia social y ritual del conjunto del grupo; momento emblemático en el que se opera el rompimiento definitivo con la depredación meramente destructiva propia de la vida animal, para dar paso a las primeras formas de socialidad y solidaridad. Sin embargo, podemos afirmar que en uno y otro relatos, el del *tool-maker being* y en el del ser que suspende y domina momentáneamente la presión del instinto para garantizar la reproducción simbólica y práctica del grupo, *el lenguaje está ya ahí*, y que ambas hipótesis suponen la existencia y las funciones del lenguaje y de un sistema de signos, es decir, de un medio de vida que no es ya naturaleza, pero tampoco nuda actividad práctico-material.

Por qué uno y otro ejemplos suponen la existencia del lenguaje es algo relativamente simple: el grupo de cazadoras y cazadores que por medio de la argucia, la inteligencia y el esfuerzo compartidos ha abatido un ciervo o un bisonte *sabe*, porque es capaz de representárselo intelectualmente, que la presa pertenece a todos, también a quienes no participaron en la caza pero que, en el vivac, mantienen vivo el fuego, cuidan de los pequeños o se dedican a tantos y tan variados menesteres como demanda la supervivencia de la comunidad entera. Por su parte, la construcción de una herramienta supone la “idea” de la herramienta y la “idea de su uso”, y dichas ideas suponen la *palabra* que designa al útil, tanto como su forma y, en ocasiones, su función o uso específicos. Hablamos pues de ideas, de representaciones intelectuales, de quehaceres, de argucias, de instrucciones; de “cosas” y “actos” que ya no lo son tanto porque su lugar, su uso o su destino ya no se ubican solamente en el mundo práctico-natural, sino que, a la par de éste, y siempre arraigadas en él, cumplen contemporáneamente una función comunicativa o semiótica; y aún *otra*: porque se alojan en esa esfera de la existencia que llamamos *pensamiento*. Qué es en estricto rigor el pensamiento es algo que no podemos abordar aquí. Sin embargo, es posible decir que el pensamiento es una habilidad, principalmente humana, para disponer en un plano común la organización global de todas nuestras facultades, las sensibles y las cognoscitivas, las estéticas y las volitivas, lo que nos lleva a la siguiente consideración: pensar quiere decir “construir un mundo”, pero ahora ya no un mundo natural, sino un mundo específicamente humano.

La criatura humana no se diferencia radicalmente de los otros seres de la naturaleza porque piensa y porque habla, ya que para muchas especies animales su supervivencia también les ha exigido desarrollar experiencias de “inteligencia” y de “lenguaje”. Pero es un hecho que la criatura humana piensa y habla de tal modo que el binomio pensamiento/lenguaje es uno de sus rasgos característicos determinantes. Lo mismo da por ahora afirmar categóricamente que hay pensamiento porque antes existió el lenguaje, o si hay lenguaje porque a los hombres les cupo en gracia poseer la habilidad del pensamiento. Yo mantengo la idea de que no existe el uno sin el otro. De que el pensar-hablar, o si se quiere, el hablar-pensar, fueron los medios de que se valieron nuestros ancestros para resolver su aislamiento y su ruptura con la naturaleza, para llenar el vacío que los había separado de su morada primitiva. Pienso, asimismo, que el pensamiento-lenguaje desde muy pronto cumplió la tarea de “hacer mundo”, es decir, de constituirse en el medio y la herramienta con que la criatura humana podía no sólo dar nombre a lo que tenía ante los ojos, sino, aun mejor, representarse o evocar las cosas sin tenerlas

presentes (de manera que se podía “pensar” en el bisonte, darle nombre, hablar de él y aun representarlo plásticamente sin experimentar el terror o el apremio de estar frente a la bestia); así como también se podría hablar sobre sí y pensarse a sí misma, pensar y dar nombre a “los otros” a lo propio y a lo extraño, a lo que ya había sucedido en el pasado (lo que guardaba la memoria en forma de *relato*) y a lo que podría suceder en el futuro (a lo que daba vida el pensamiento en forma de *proyecto*).

Así, desde sus primeras manifestaciones, las que no sé en razón de qué suponemos toscas y rudimentarias, el lenguaje se desarrolló en dos planos distintos pero articulados indisolublemente. Por una parte, en un plano práctico-instrumental dirigido principalmente a dar nombre a las cosas, a representarlas o describirlas de manera positiva y concreta con fines meramente informativo-comunicativos; por otra, en un plano intelectual, abstracto o teórico, dedicado a construir mensajes sobre lo “no presente”, lo evocado, lo que “no está ahí” pero que, por medio de palabras, podemos traer a la imaginación y al pensamiento. Con ello, el lenguaje no sólo adquirió el carácter instrumental de una herramienta comunicativa, sino el valor, no dudaría en decir, *liberador*, de un instrumento intelectual para representarnos otros mundos, hablar *de* ellos e imaginar y crear las vías para *llegar* a ellos.

II. Nuestro segundo relato atañe a la escritura, que no es sino una forma altamente especializada y codificada de lenguaje. En sus formas más simples la escritura es una manera de representar palabras o sonidos mediante símbolos más o menos convencionales. Es claro que la existencia de estos símbolos, en cuanto expresan una forma determinada de lenguaje, son uno de los principales *bienes* específicamente culturales con los que puede llegar a contar el grupo humano que los ha inventado. Por supuesto, dichos símbolos, para llegar a ser escritura propiamente dicha, no sólo han pasado por un largo proceso de perfeccionamiento, sino han requerido, necesariamente, el desarrollo de algunas reglas de construcción e interpretación. De modo que a toda escritura, siempre e inevitablemente, le corresponde una gramática.

Pero eso no es por ahora nuestro asunto. Lo que en todo caso quería decir aquí, es que la aparición de la escritura significó, como en su momento la aparición del lenguaje, una suerte de *revolución cultural* en la que tarde o temprano se vería involucrada la humanidad entera. Sin embargo, a diferencia del lenguaje hablado, cuya aparición podría entenderse como una gesta *liberadora* y tendencialmente *democrática*, el desarrollo y el cultivo de la escritura deberán asumirse como episodios de una revolución *conservadora*. Es decir, como el efecto de un secuestro o una “privatización” del lenguaje por parte de aquellos personajes, generalmente unos cuantos, que establecieron y saben su gramática, que son capaces de interpretar sus signos o codificarlos en mensajes y que, por ello mismo, conservan el *dominio* sobre sus posibilidades enunciativas y comunicativas. No es casual que los antiguos griegos reconocieran a Hermes como el inventor de la escritura, y que éste se identificara con la deidad egipcia Tot, guardián de los arcanos, de los misterios, de lo que sólo a los iniciados les es dado saber. En función de ello actualmente llamamos *hermético* a un mensaje oscuro y *hermenéutica* a la actividad con la que pretendemos descifrarlo. Veamos ahora cómo se produjo esa forma de “privatización” de la manifestación escrita del lenguaje.

En el apartado anterior dijimos que al lenguaje correspondía la función de “hacer mundo”, es decir, de construir un relato verosímil sobre lo que hay que saber de la realidad, para conocerla o para transformarla. Pero también se dijo que el lenguaje, por su plasticidad, era capaz de hablar tanto de lo que *es* como de lo que *no es*; tanto de lo que se experimenta en el curso de una vida normal como de lo que “no está ahí”, o bien que, estando ahí, presumiblemente no se percibe con los sentidos habituales: el lenguaje, se dijo, también puede ser evocativo y abstracto, decir

lo que las cosas son o hablar de lo que, a veces, hace que estas *sean*; ya en tono metafísico, la plasticidad del lenguaje hace posible hablar de algo, una *sustancia* o una *esencia*, que está “detrás” o “por abajo” de las cosas: que les “subyace”. Las y los especialistas refieren estas capacidades del lenguaje con nombres técnicos que aprehenden y expresan su sentido; pero asimismo podemos hablar de metáfora, metonimia y todo el elenco de los tropos; mientras los filósofos le llaman a todo esto lenguaje conceptual.

Desde su infancia histórica, la criatura humana se ha dado a la tarea de inventar, además de este mundo, algunos otros mundos paralelos cuyo acceso sólo está permitido a quienes poseen las claves apropiadas. Huelga decir que todas esas invenciones tienen como soporte material, formal y eficiente... a las palabras. El mito y la religión son los horizontes discursivos en los que habitualmente se construyen aquellos “otros” mundos cuya construcción, siempre en el formato de un “Gran relato”, se realiza única y exclusivamente con palabras; a la humanidad le ha costado millones y millones de vidas entender eso. Pero tampoco está de más recordar que aquellos mundos están poblados por seres fabulosos, a quienes se atribuyen poderes tan extraordinarios como la propia creación de todo cuanto existe; o, en su defecto, la manipulación de algunos procesos naturales y psicológicos capaces de modificar el curso de las cosas o de hacer felices o infelices a los hombres. Seres cuyo “lenguaje” presumiblemente excede las capacidades comprensivas de las mujeres y los hombres comunes pero que, a través de revelaciones u actos portentosos ha mostrado a ciertos “elegidos”, con capacidades especiales (profetas, chamanes, magos y magas o sacerdotes y sacerdotisas), sus códigos de interpretación. Aparecidas desde muy pronto en la historia de las civilizaciones más antiguas, dichas prácticas chamánicas o sacerdotales encontraron en los símbolos, o, específicamente en la *escritura*, un instrumento de codificación e interpretación casi perfecto y a la medida de su propio *dominio*. Aunque no tanto por sus cualidades de ocultamiento o desciframiento en sí, sino porque la escritura siempre fue, además, un bien cultural casi exclusivo de los grupos y clases dominantes.

Por ello, amén de sus tareas religiosas, a la escritura se sumaron algunas funciones de gobierno, tal y como la codificación y el resguardo de leyes y ordenamientos político-jurídicos o los anales y crónicas dinásticas. Aunque también en este caso el principio era el mismo; ajenos a las grandes mayorías, regularmente sometidas, ignorantes y explotadas, los ordenamientos legales y su interpretación quedaron en manos de unos cuantos funcionarios, muchas veces los mismos sacerdotes, cuyos fallos difícilmente otorgaban justicia a los desposeídos cuando en algún litigio se ventilaban los intereses o la seguridad del Estado, de un noble o un funcionario. Aun en una sociedad tan abierta y culturalmente diversificada como la china, el conocimiento y el uso de la escritura y la lectura fueron patrimonio exclusivo de las clases nobles, de los sacerdotes y de la extensa burocracia del Imperio: el Mandarinato. Con excepción quizá de la sociedad griega en tiempos de Pericles o de la consolidación del régimen republicano en Roma (y solo si hablamos de los varones adultos libres), el mundo antiguo no conoció jamás la difusión abierta y democrática de la escritura. Pero lo mismo podemos decir de la Edad Media, o de las sociedades originarias más desarrolladas del continente americano.

Es cierto que en su paulatino desarrollo, diversificación y perfeccionamiento, la escritura pasó por varios períodos formativos y cumplió algunas otras funciones. No es de la misma naturaleza y la misma diversidad cultural la que expresa el hieratismo que caracteriza la escritura egipcia o hebrea --aptas predominantemente para cuestiones religiosas y jurídicas-- que el primitivismo de las runas, la voluptuosidad en tono místico de las escrituras orientales o la precisión analítica del griego. Lo cierto es que en casi todas las sociedades antiguas no sólo se escribieron salmodias y preceptos morales, leyes y hagiografías, sino conocimientos científicos, médicos y astronómicos, poemas, cuentos, historias y pensamientos filosóficos. Con ello, justamente porque reconocemos en la escritura cualidades civilizatorias, pensamos

que su secuestro, si bien no alteró significativamente el curso de las formaciones culturales más importantes, tampoco contribuyó a que la humanidad, reconocida bajo la denominación renacentista de *humanitas*, alcanzara más pronto las vías de su ilustración y su emancipación definitivas.

Se dice que el giro copernicano en cuyo desenlace se trazó el destino de la escritura y la lectura en el mundo moderno tuvo lugar en Alemania, en la imprenta de Johannes Gutenberg. Tal relevancia se concede al hecho de que el artesano de Maguncia perfeccionó la técnica de impresión con tipos móviles, lo que en unos cuantos años revolucionaría las artes gráficas y, especialmente, la edición y la difusión de libros. Sin restarle méritos a Gutenberg, habría que decir que dicha revolución tuvo más padres. No sólo porque en China, desde el siglo XI, se conocía y aplicaba dicho procedimiento, sino por el hecho de que a los chinos debemos, igualmente, la invención de la tinta y el papel; tanto como a Martín Lutero y al movimiento protestante del siglo XVI la promoción y la popularización de la lectura. Lo que también es un hecho indiscutible es que a partir de entonces la escritura poco a poco dejó de ser privilegio de unos cuantos, al convertirse en una de las competencias imprescindibles para entrar en el mundo de la producción moderno-capitalista. Se trata, como todo lo indica, de un proceso muy largo y muy complejo. Gracias a la aparición de impresos de todo tipo, pero sobre todo del libro de gran tirada, las ideas, los conocimientos y las expresiones artísticas de una infinidad de autoras y autores, pudieron ser accesibles a muchos más, lo que convirtió a la Modernidad en un gran movimiento social y cultural y a la letra impresa en su vehículo fundamental. Sobre el impacto social y cultural que la escritura y la edición de libros alcanzaron en el *climax* de la Modernidad, escribe Federico García Lorca: «El libro deja de ser objeto de cultura de unos pocos para convertirse en un tremendo factor social. Los efectos no se dejan de sentir. A pesar de las persecuciones y de servir muchas veces de pasto a las llamas, surge la Revolución Francesa, primera obra social de los libros.»<sup>1</sup>

Pero todo ello exigía un factor complementario. Para que el libro y su mensaje fueran verdaderamente eficaces, para que la escritura y la letra impresa se convirtieran en una herramienta para la liberación y la transformación de la realidad, era preciso popularizar y democratizar las técnicas de desciframiento. Así, en una gran parte del mundo el movimiento de alfabetización de las mayorías estuvo unido al desarrollo del libro y del periódico, pero, también, a la transformación de los espacios y las actividades educativas. Se trataba de una necesidad esencial de la vida moderna, para que la dinámica social pudiera contar con los mecanismos de producción, circulación y difusión de la información y del conocimiento que exigía el buen funcionamiento del todo social. Es posible pensar que, antes de la irrupción de los medios de comunicación audiovisuales durante el segundo tercio del siglo XX, toda la comunicación del mundo desarrollado, y parte del subdesarrollado, pasaba a través del libro y del periódico. Pero los progresos de la educación, la escolarización y la alfabetización crearon no sólo nuevas necesidades sociales y productivas y un nuevo tipo de libertades, sino una clase especial de actividad y de satisfacción intelectual: *la lectura*.

III. En principio, escribir y leer constituyen dos polos de un mismo proceso, dos momentos fundamentales para la representación y el conocimiento del mundo. Está claro, empero, que leer “el gran libro del mundo” como decía Don Quijote, puede hacerse en ignorancia de las letras y de su gramática, dado que el “libro” de la naturaleza está escrito en caracteres tan diversos como inabarcables. Aunque esto nos puede llevar hacia algunos callejones sin salida. Porque si bien es cierto que la realidad puede ser percibida, experimentada y conocida de diversas

<sup>1</sup> Federico García Lorca, Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros, Madrid, Casa-Museo de Federico García Lorca, 1996, p. 63

formas, es claro que aquello que Hegel llamó la “sabiduría del mundo”, en cuanto no se trataba de una iluminación o del arrobamiento místico, esto es, en cuanto fuese *comunicable*, es muy probable que también haya sido escrita en alguno de los alfabetos conocidos y que se encontrara estampada en libros, códices o papiros. Solamente así, pensando que la mayor parte de lo que podemos saber del mundo, o lo que podemos preguntarnos acerca de él y de nosotros mismos, permanece resguardado entre las páginas de los libros, podemos considerar la importancia crucial que comporta el hecho de *saber leer*.

Según algunos autores, con la generalización de la imprenta y la producción masiva de libros la vieja dignidad de la expresión oral, propia para la hondura y el rebuscamiento de la escolástica y la mística religiosa, cedió el lugar a una nueva forma de aprehensión y de “legibilidad” del mundo. A partir de entonces, cabría agregar, quedó seriamente dañada la idea de que la lectura era necesariamente una especie de desciframiento hermético que ponía al alcance de unos cuantos ciertos saberes iniciáticos. La cultura del libro y de otras formas de escritura impresa —y la revolución que llevaría a sus páginas tanto conocimientos científicos y filosóficos como las más diversas expresiones del amor, la pasión o el sentimiento—, ponían ante los ojos del lector un mundo bien distinto al de la magia o los misterios religiosos; se trataba ahora de un mundo práctico, objetivo, abierto, apto para ser conocido y transformado en el sentido que la humanidad, guiada por su propia razón, eligieran para ello. Es por esto que podemos considerar la difusión universal del libro y de la práctica de la lectura como una *tercera revolución cultural*, portadora también en esta ocasión de un mensaje *liberador y democrático*. El libro, cuyo antecedente en piedra, papiro o pergamino fue inventado hace más de tres mil años y cuyo perfeccionamiento no ha cesado hasta nuestros días, es una eficiente maquinaria en la que los mensajes cifrados en sus páginas conservan la facultad de ser reproducidos, multiplicados, llevados de un lado a otro y consumidos por quienquiera que tenga la clave de su desciframiento, es decir, por todos los que saben leer. El libro, así, exige del lector el aprendizaje y el cultivo de las claves de lectura, de los códigos de desciframiento que van a permitirle extraer de aquel toda la información y toda la sabiduría que contienen. La lectura, así considerada, es, además de una insustituible experiencia de liberación, una actividad siempre *creativa*.

Sin embargo, no todo lo sucedido a partir de la generalización universal de la lectura ha tenido ni principios ni desenlaces felices. El libro, y por lo tanto la lectura, han sufrido constantemente las consecuencias adversas de la intolerancia política y religiosa y el acoso incesante de los poderosos, a quienes beneficia la incultura o la ignorancia ajenas. Basten como ejemplos de intolerancia y fanatismo las quemaduras de libros con las que las juventudes hitlerianas daban a conocer su apuesta por la muerte, o, siglos antes, los vergonzosos “autos de fe” en los que los frailes españoles hicieron pasto de las llamas toda la sabiduría originaria inscrita en códices, es decir, en los libros de nuestros antepasados. En otro tiempo, durante la segunda mitad del siglo XVIII, el Conde español y Visitador General José de Gálvez instruyó al Virrey de la Nueva España para “...que mantuviera a los pobres, a los indígenas y las castas lejos de la instrucción y de las letras, porque conviene tenerlos en la ignorancia, ya que los libros los hacen desobedientes, insumisos y levantiscos...”

El gran problema es que, hoy mismo, existen todavía sobre la tierra cientos o quizá miles de nuevos “Visitadores generales” que piensan que la lectura —que ya no se hace necesariamente a través de libros impresos sino de una forma todavía más abierta y democrática, como puede llegar a serlo el ancho continente de la informática— hace a las personas “desobedientes, insumisas y levantiscas”, cuando lo que en realidad sucede es que la lectura y la escritura las hace libres, autoconscientes, sujetos de derechos, ciudadanas y ciudadanos de un mundo que todavía es tan rico que podría alcanzar para dar refugio y felicidad a todos, pero sobre el que se han enseñoreado poderes, regularmente económicos, que una vez más, bajo la regla de la exclusión de las mayorías, mantienen bajo su control la mayor parte de los bienes terrenales o

las vías para su acceso y disfrute privados. Lo que nos sitúa frente a la necesidad de una nueva forma de “revolución cultural” no sólo capaz de restituir al conjunto de la humanidad lo que, por el sólo hecho de serlo, le corresponde, sino de volver a construir, entre todos, una cultura y un hogar humanos.

El aprendizaje y el ejercicio continuo de la escritura y la lectura de nuestra lengua, y acaso de otras lenguas, no son un mero instrumento para vivir la vida o para inscribirse en mejores condiciones en los procesos productivos. Representan la posibilidad de ver, de conocer y de interpretar el mundo con los ojos de la razón, de la justicia y de la inteligencia. Su inabarcable potencial cognoscitivo, pero igualmente liberador y democrático, descansa en unas cuantas reglas cuya enseñanza y cuyo aprendizaje son responsabilidad de mujeres y hombres como los que estamos aquí reunidos en este congreso, y a quienes me gustaría, para terminar, dirigir estas palabras robadas, otra vez, a García Lorca:

Y sabed, desde luego, que los avances sociales y las revoluciones se hacen con libros (...) Que no valen armas ni sangre si las ideas no están bien orientadas y bien digeridas en las cabezas. Y que es preciso que los pueblos lean para que aprendan no sólo el verdadero sentido de la libertad, sino el sentido actual de la comprensión mutua y de la vida.<sup>2</sup>

---

2           ib. p. 74